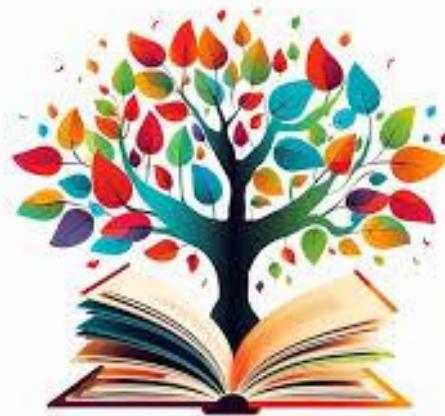




CUADERNILLO DE INGRESO 2026



LENGUA

Y

LITERATURA

NOMBRE Y APELLIDO: _____



CLASE 1



Esperemos a la primera clase... allí nos podremos sacar las dudas acerca de qué se trata y de qué hay que hacer. No nos adelantemos. Por el momento quedamos en "modo incógnito".



Actividades

- Pre-lectura:

1. ¿Qué es una intrusa?
2. ¿Cuál puede ser el argumento del cuento?

- Durante la lectura: (se lee el cuento sin el final resaltado)

1. Dibuje a la intrusa del cuento según se la imagine, también se puede realizar su descripción por escrito.

- Post-lectura:

1. ¿Quién es realmente la intrusa? Dibújela
2. ¿Qué pistas podemos encontrar en la obra sobre la identidad de la intrusa?
3. ¿En qué contexto histórico se desarrolla el cuento? justifique



CLASE 2

COMPRENSIÓN LECTORA

En esta parte, realizarás actividades que te llevarán a la verdadera comprensión de un texto, ya que tenemos que tener muy claro el siguiente concepto: **LEER ES COMPRENDER**. Siempre que se lee, se lo hace para entender. La lectura sin comprensión carece de sentido, es más bien una decodificación mecánica de unos signos. Un lector comprende un texto cuando puede encontrarle significado, cuando puede ponerlo en relación con lo que ya sabe y con lo que le interesa. Para entender lo que lee, un lector experimentado “actúa” sobre el texto: se encamina al texto con preguntas que guían su lectura, relaciona la información con sus conocimientos previos, extrae conclusiones, formula hipótesis, y está atento para ver qué entiende y qué no, decide volver a leer esas partes para aclarar sus dudas, comparte con otros lectores, comenta sobre lo leído, etcétera.

A lo largo de la lectura, el lector va controlando su propia comprensión del texto. Si el lector detecta dificultades en su comprensión, debe decidir qué hacer: puede seguir leyendo en espera de una aclaración, puede volver hacia atrás para ver si es necesario reformular (volver a “decir”) lo que lleva entendido, puede consultar a alguna persona o a algún otro texto, entre otras cosas.

Todo texto tiene dos características que lo tornan comprensible: la **COHERENCIA**, que es la relación de todas sus partes con el **TEMA GLOBAL**, el tema central que da sentido a todas las partes; y la **COHESIÓN**, que es la correcta relación de todas las oraciones y palabras del texto ENTRE SÍ, de manera que no haya repeticiones innecesarias, y que las partes estén relacionadas por medio de CONECTORES.

Como veremos más adelante, hay distintas clases de textos según la intención de quien lo emite: informativos, expresivos, apelativos (para convencer, como los publicitarios), y literarios.



TEXTO 1

Un día soleado, Ana decidió explorar el bosque cercano a su casa. Antes de salir, empacó su mochila con agua, una linterna, un cuaderno para anotar sus descubrimientos y un poco de comida. Cuando salió de su casa, sintió el aire fresco y escuchó el canto de los pájaros que vivían en los árboles. A medida que caminaba, vio flores de diferentes colores, mariposas que volaban alrededor y pequeños insectos que se escondían entre las hojas.

Mientras avanzaba, Ana notó que el sendero se hacía más estrecho y que las ramas cubrían parcialmente el camino. De repente, encontró un sendero que no había visto antes. Decidió seguirlo con curiosidad. Después de unos minutos de caminata, llegó a un claro donde había un arroyo de agua cristalina, rodeado de piedras lisas y plantas verdes. Allí, en un árbol muy grande, Ana encontró un nido con huevos y se quedó observando el movimiento de las aves que cuidaban a sus pollitos.

Ana se sentó en una roca cercana para descansar y dibujar en su cuaderno lo que veía. Se dio cuenta de que ese día había hecho una gran aventura en medio de la naturaleza, y prometió volver pronto para seguir explorando.

Ejercicios de comprensión:

1. ¿Qué empacó Ana en su mochila antes de salir a explorar?
 2. Menciona tres cosas que Ana vio o escuchó durante su caminata en el bosque.
 3. ¿Qué fue lo que Ana encontró en el árbol grande?
 4. ¿Qué hizo Ana en el claro con el arroyo?
 5. ¿Cómo se sintió Ana al final del día? Explica con tus propias palabras.
 6. Escribí una oración describiendo el lugar donde Ana descansó y dibujó.
-

Actividad: Crear tu propia aventura en el bosque.

Instrucciones:

1. Imaginá que sos el protagonista de una aventura en un bosque cercano a tu casa.
2. Escribí un relato breve (más o menos de 10 renglones) describiendo qué cosas encontrás, cómo te sentís y qué descubrimientos hacés.
3. Incluí detalles sobre la naturaleza, animales o plantas que ves, y qué te gusta de tu aventura.



¿Cómo descubrimos la idea principal en un párrafo?

Un párrafo coherente debe presentar una oración que encierre la idea principal o frase temática que exprese el tema del párrafo sin dar detalles. Para descubrirla puede servirnos de ayuda la pregunta ¿de qué trata este párrafo? ¿Cuál es la información más importante? La idea principal está acompañada por otras oraciones de valor secundario relacionadas entre sí y con la frase temática. Estas oraciones secundarias exemplifican, amplían la información o la explican con otras palabras.

La ubicación de la idea principal o frase temática es variable; aunque generalmente está al comienzo, también puede estar en el medio o al final del párrafo. Incluso puede ocurrir que no esté expresada y el lector deba deducirla. Para ello es necesario reconocer las palabras clave que son aquellas que por la información que transmiten no se pueden suprimir. A veces aparecen en distintas oraciones del párrafo. La unidad, dada por la relación entre las oraciones, es una de las características del párrafo que determina si éste está bien o mal redactado.



1. Indiquen en los siguientes párrafos con distintos colores la idea principal y las ideas secundarias (la primera va como ejemplo):

(1) Muchos mamíferos señalan su territorio. (2) Los félidos, por ejemplo, usan la orina, y los hipopótamos se valen de sus excrementos y también de la orina para establecer su dominio sobre un territorio determinado.

- (1) Oración principal.
- (2) Oraciones secundarias que exemplifican.

- La cohesión y estabilidad de muchas familias de animales depende no sólo del afán de aparearse, sino de un extenso campo de conducta social. El espulgo es una de las actividades más importantes que sirven para unir a los simios.

- Las enfermedades que pueden afectar a las plantas son numerosas. Algunas se manifiestan a través de alteraciones externas de las propias plantas; otras, más insidiosas, minan desde adentro su vigor, y solo se manifiestan cuando la muerte de la planta está decretada.

- Muchos peces se alimentan de plancton, es decir, de pequeñísimos seres vivientes casi invisibles, transparentes, que fluctúan con el oleaje y se dejan transportar por las corrientes.



2. El siguiente párrafo presenta desordenadas sus oraciones. Identifiquemos la idea principal o frase temática y ordenemos las oraciones en un párrafo coherente. Luego, le coloquemos un título adecuado:

Casi siempre es de efectos rápidos y conduce a la parálisis total o parcial del cuerpo. El veneno de las serpientes varía según las especies y actúa de muy diversas maneras. En este último caso puede ser coagulante o bien anticoagulante. La muerte, en la mayoría de los casos, se produce por asfixia. Puede influir en el sistema nervioso o bien en la sangre.

3. Utilicen las siguientes oraciones como idea principal y desarrollelas en un párrafo agregándoles oraciones secundarias que las exemplifiquen, amplíen o expliquen:

- No todos los animales pueden ser mascotas.
 - El cuidado del ambiente es nuestra responsabilidad.
 - La lectura desarrolla la imaginación.
-

TEXTO 2

Los planetas del sistema solar

El sistema solar está formado por el Sol y todos los cuerpos celestes que giran a su alrededor. Entre estos cuerpos se encuentran los planetas, satélites, asteroides y cometas. El Sol es una estrella que nos brinda luz y calor, y gracias a él es posible la vida en la Tierra.

Los planetas son los cuerpos más grandes que giran alrededor del Sol. Se dividen en dos grupos: los planetas interiores o rocosos (Mercurio, Venus, Tierra y Marte) y los planetas exteriores o gaseosos (Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno). Cada planeta tiene características propias, como tamaño, temperatura y composición.

Además de los planetas, en el sistema solar hay miles de asteroides y cometas. Los asteroides son rocas que orbitan principalmente entre Marte y Júpiter, mientras que los cometas tienen núcleos de hielo y polvo y desarrollan una cola brillante cuando se acercan al Sol. Estos cuerpos también nos ayudan a conocer cómo se formó el sistema solar.

Estudiar el sistema solar es importante porque nos permite comprender mejor nuestro planeta y el universo que nos rodea. Los avances científicos, como los telescopios y las sondas espaciales, nos han dado información valiosa sobre el espacio y han despertado el interés por la exploración. Conocer nuestro lugar en el universo nos invita a cuidar la Tierra, nuestro hogar.



Actividades:

- 1) Lee atentamente cada párrafo y luego realizá las siguientes actividades:

Párrafo 1:

1. *¿Cuál es la idea principal del primer párrafo?*
2. *Nombra dos ideas secundarias que complementen la información sobre el sistema solar.*

Párrafo 2:

3. *¿Qué información principal nos da el segundo párrafo sobre los planetas?*
4. *Menciona al menos una característica secundaria de los planetas que aparece en el texto.*

Párrafo 3:

5. *¿Cuál es la idea principal sobre los asteroides y cometas?*
6. *¿Qué detalle secundario nos ayuda a entender mejor a los cometas?*

Párrafo 4:

7. *¿Qué mensaje principal transmite el último párrafo?*
 8. *¿Qué ejemplo secundario se menciona para explicar la importancia de estudiar el espacio?*
- 2) Leer nuevamente el texto y realizar un cuadro comparativo, escribiendo en cada casilla la idea principal y dos ideas secundarias de cada párrafo.

	IDEA PRINCIPAL	IDEAS SECUNDARIAS
PÁRRAFO 1		
PÁRRAFO 2		
PÁRRAFO 3		



PÁRRAFO 4		
------------------	--	--

CLASE 3

TEXTO 3

Actividades: Ordena el texto

- *Los siguientes párrafos están desordenados. Léelos atentamente.*

A. Cuando volvió a mirar el arbusto, el pajarito ya no estaba. Solo quedaba el hueco de su pequeño nido, escondido entre las ramas. Camila sintió una mezcla de tristeza y alegría: estaba feliz de haberlo visto, aunque fuera solo un instante.

B. Desde su ventana, Camila veía todas las mañanas el jardín de su casa. Le gustaba observar los colores de las flores y escuchar el canto de los pájaros que visitaban los árboles.

C. Al asomarse un poco más, vio que el canto provenía de un arbusto. Allí, escondido entre las hojas, había un pajarito diminuto con plumas amarillas. Camila se quedó inmóvil para no asustarlo.

D. Un día, mientras regaba las plantas, escuchó un sonido distinto: un trino suave y repetido. Su curiosidad hizo que buscara de dónde venía.

Actividades:

1. Lee con atención todos los párrafos.
2. Ordena el texto escribiendo el número que corresponda al orden correcto de cada párrafo.
3. Explica con tus palabras brevemente cómo supiste cuál era el inicio y el final de la historia.



TEXTO 4

Una gota que vale oro

Sofía vivía en un pequeño pueblo del norte del país. Allí, el agua llegaba solo algunas horas al día y todos tenían que llenar baldes y botellas para asegurarse de tener suficiente. Al principio, Sofía no entendía por qué su mamá siempre le pedía que cerrara bien la canilla o que no se bañara tanto tiempo. Un día, la escuela organizó una charla sobre el agua y ella descubrió algo que la sorprendió: aunque la Tierra está cubierta en su mayoría por agua, solo una mínima parte es dulce y potable.

El profesor explicó que en muchos lugares del mundo las personas deben caminar kilómetros para conseguir un poco de agua limpia. Contó también que el cambio climático, las sequías y el crecimiento de las ciudades complican aún más la situación. Escuchar esas historias hizo que Sofía pensara en cómo a veces dejaba correr el agua sin darse cuenta.

Motivada por lo que aprendió, Sofía comenzó a hacer pequeños cambios en su casa. Empezó a juntar agua de lluvia para regar las plantas, a cerrar la canilla mientras se lavaba los dientes y a avisar cuando veía pérdidas en los grifos de la escuela. Su ejemplo inspiró a sus compañeros: pronto toda la clase organizó una campaña para concientizar a las familias del barrio.

El pueblo de Sofía demostró que el cuidado del agua es una tarea que todos pueden asumir. Aunque las leyes y los proyectos del gobierno son importantes, los gestos cotidianos también suman. Cada gota ahorrada es un paso para que este recurso vital esté disponible para todos, hoy y en el futuro.

Actividades

1. Comprensión lectora:

a) *Resume el texto en dos oraciones:*

b) *¿Qué aprende Sofía en la charla de su escuela?* _____



c) ¿Qué problemas con el agua menciona el texto? _____

d) Escribe tres acciones que Sofía hace para cuidar el agua:

1. _____
2. _____
3. _____

2. Ideas principales y secundarias

a) Idea principal de cada párrafo:

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____

b) Idea secundaria de cada párrafo:

1. _____
2. _____
3. _____
4. _____

3. Verdadero o falso. Marca con V o con F según corresponda.

Toda el agua de la Tierra es potable.

El cambio climático influye en la disponibilidad de agua.

Sofía organizó sola una campaña en todo el país.

4. Reflexión personal

Propón una acción para cuidar el agua en tu escuela o comunidad:



CLASE 4

CLASES DE PALABRAS: LA PREPOSICIÓN

Las preposiciones son una clase de palabras invariables, es decir que no cambian en género ni en número. Se colocan entre las palabras y sirven así de nexo entre ellas o construcciones. Así, permiten relacionar elementos dentro de una oración.

Las preposiciones son:

a, ante, bajo, con, contra, de, desde, durante, en, entre, hacia, hasta, mediante, para, por, según, sin, sobre, tras, y vía.

ACTIVIDADES:

1. Completar frases

Escribe la preposición correcta en cada espacio:

- a) El gato está _____ la mesa.
- b) Caminamos _____ el parque.
- c) El cuaderno está _____ la mochila.
- d) Nos sentamos _____ la sombra del árbol.
- e) El perro duerme _____ la cama.

2. Encuentra al intruso

En cada grupo de palabras, marca la que no es una preposición.

- a) en – sobre – debajo – saltar
- b) hacia – con – por – correr
- c) desde – bajo – hasta – cantar

3. Cambia la preposición

Reescribe las oraciones cambiando la preposición por otra que dé sentido diferente:



- a) El lápiz está sobre la mesa.
 - b) La pelota salió hacia la calle.
 - c) Estábamos caminando por la playa.
- ☞ (Por ejemplo: "El lápiz está dentro de la mochila").

4. Elige la preposición correcta

Completa con la palabra adecuada entre paréntesis:

- a) El regalo es _____ mi hermano. (para / en)
- b) Subimos _____ el colectivo. (a / bajo)
- c) El tren pasó _____ el túnel. (por / sobre)
- d) Estoy _____ tu casa. (en / bajo)

5. Inventar frases

Escribe tres oraciones que usen estas preposiciones:

- con: _____
 - entre: _____
 - hasta: _____
 - tras: _____
 - vía: _____
-
-

CLASES DE PALABRAS: EL ARTÍCULO

Los artículos son una clase de palabra que se ocupa de delimitar el significado de un sustantivo. Deben concordar con los sustantivos en género y número.

En el siguiente cuadro encontrarás los tipos de artículos que existen, definidos e indefinidos, y su género y número.



Si los sustantivos comunes femeninos comienzan con “a” o “ha” tónicas, los artículos en singular que los acompañan deben ser masculinos.

- Ejemplos: **el agua** **un agua**
las aguas **unas aguas**
el alma **un alma**
las almas **unas almas**

Si el sustantivo comienza con “a” y “ha” átonas el artículo será femenino.

- Ejemplo: **una hamaca** **la alegría**

	<u>FEMENINO</u>	<u>MASCULINO</u>
<u>SINGULAR</u>	LA (definido) UNA (indefinido)	EL (definido) UNO (indefinido)
<u>PLURAL</u>	LAS (definido) UNAS (indefinido)	LOS (definido) UNOS (indefinido)

ACTIVIDADES:

- Lee las siguientes oraciones y subraya el artículo definido o indefinido que aparece en cada una.

1. El perro corre por el parque.
2. Un niño está leyendo un libro interesante.
3. Vi una película muy buena ayer.
4. La casa de Juan es grande.
5. Las flores en el jardín están marchitas.
6. Unos niños estaban jugando en la calle.
7. El sol brilla con fuerza hoy.
8. Compré una camiseta nueva.
9. La luna está muy brillante esta noche.



10. Un pájaro voló cerca de la ventana.

- *Completa las siguientes oraciones con el artículo adecuado (definido o indefinido).*

1. _____ perro corre muy rápido en el parque.
 2. _____ película que vimos anoche fue emocionante.
 3. _____ niños juegan al fútbol en la calle.
 4. _____ flor de este jardín es roja.
 5. Me compré _____ camisa nueva ayer.
 6. _____ amigos de Marta son muy simpáticos.
 7. _____ profesor de matemáticas explicó el tema claramente.
 8. En _____ tienda de la esquina venden pan fresco.
 9. _____ gatos de mi vecina son muy traviesos.
 10. _____ libro que estoy leyendo es interesante.
-

CLASE 5

CLASES DE PALABRAS: EL SUSTANTIVO

Los sustantivos son clases de palabras que se utilizan para poner nombre a entidades del mundo que nos rodea. Pueden ser personas, animales, plantas, sentimientos, ideas, lugares. Varían en género y número. Hay diferentes tipos de sustantivos, por lo que se clasifican de distinta manera y más adelante lo veremos.

ACTIVIDADES:

1. *¿Qué nombran estas palabras? Unan la palabra con su definición.*

coati	Espacio amplio al aire libre.
médico	Acción y efecto de mirar.
plaza	Mamífero carnívoro de cuerpo y hocico alargados, con pelaje rojizo o gris.



paciencia	Persona que ejerce la medicina.
mirada	Capacidad de soportar molestias sin rebelarse.
semántica	Estudio del significado de las palabras.

2. Relacionen cada palabra del conjunto con un sufijo y formen sustantivos. Escríbanlos y expliquen oralmente el significado de cada uno.

Palabras: rama, trigo, álamo, pino, casa, árbol, grito

Sufijos: -ar, -eda, -erío, -aje, -al

.....
.....

3. Completen estas definiciones.

- ◀ ganado: conjunto de
- ◀ bandada: conjunto de
- ◀ cardumen: conjunto de
- ◀ muchedumbre: conjunto de

4. Tachen la opción incorrecta en cada definición.

Los sustantivos individuales en singular nombran un elemento / varios elementos.

Los sustantivos colectivos en singular nombran un elemento / varios elementos.

5. Escriban el sustantivo que se forma a partir del adjetivo o del verbo. Les damos ejemplos.

dulce:	Dulzura
pensar:	Pensamiento
participar:	Participación
bello:	



suave:	
comprender:	
mover:	
flexible:	
cantar:	
capaz:	
sentir:	
cálido:	

5. Completá el cuadro con la definición de cada tipo de sustantivo, y luego coloca un ejemplo de cada uno.

Clase de sustantivo – Definición – Ejemplos

<u>Propio</u>		
<u>Común</u>		
<u>Individual</u>		
<u>Colectivo</u>		
<u>Concreto</u>		
<u>Abstracto</u>		

6. Escribí tres sustantivos propios para cada uno de estos comunes.

niños/as: _____



próceres: _____

superhéroes: _____

países: _____

continentes: _____

constelaciones: _____

libros: _____

deportistas: _____

escritores/as: _____

científicos/as: _____

7. Escribí el sustantivo colectivo correspondiente a cada individual.

pinos: _____

libros: _____

perros: _____

abejas: _____

navíos: _____

peces: _____

8. ¿Cuál es el género de estos sustantivos? Anótenlo. Subrayen los sustantivos en los que un morfema indica su género y expliquen cómo reconocieron el género de los que no subrayaron.

gallina:

niño:

lápiz:

pared:

condesa:

café:



9. Formá sustantivos abstractos por derivación combinando las palabras y los sufijos de las columnas.

Recurrí al diccionario si tenés dudas con la escritura de alguna palabra.

<u>Palabra</u>	<u>Sufijos</u>	<u>Palabra final</u>
Bello	- ícia	
Abundar	- ez	
Justo	- ura	
Correr	- ción	
Mal	- ancia	
Emotivo	- ida	
Adulto	-eza	
Hermoso	-ad	
Obstruir	-ez	

10. Escriban el plural de estos sustantivos.

alelí:

camión:

ombú:

reloj:

carta:

hombre:

compás:

11. Indicar los femeninos de los siguientes sustantivos masculinos:

- rey

- poeta:



- marqués:
 - padre:
 - héroe:
 - emperador:
-

CLASES DE PALABRAS: EL ADJETIVO

Los adjetivos son clases de palabras que se encargan de describir, especialmente el adjetivo calificativo, ya que otorgan rasgos distintivos a seres y cosas (describen a los sustantivos). Esta clase de palabra da diversa información acerca de los sustantivos que acompañan, por lo que se pueden agrupar en diferentes clases:

- **Calificativos**: indican una cualidad, concuerdan en género y número con los sustantivos y pueden anteponerse o posponerse a estos.
- **Numerales**: dan una idea de número u orden, y se agrupan en cardinales, ordinales, múltiplos, partitivos y distributivos.
- **Gentilicios**: indican un lugar de origen o localización espacial.
- **Pronominiales**: cuando el pronombre funciona como adjetivo (lo veremos más adelante).

Actividades

1. Describí los sustantivos con uno de los siguientes adjetivos, y completá las oraciones según corresponda:

floreada – enorme – alegre – limpios – blancos – viejas – sabrosas – rayado

Unos zapatos _____

Una camisa _____

La _____ niña.

El _____ libro.

Los jazmines _____

Las milanesas _____



Un pantalón _____

Unas medias _____

2. Clasificá los adjetivos que escribiste en la actividad anterior según el número.

Singular: _____

Plural: _____

3. Localizá los adjetivos en las siguientes oraciones y señalá a qué sustantivos se refieren.
Indicá la concordancia de número y de género entre ellos.

- a) Es un niño muy alegre.
- b) Profirieron dos gritos inútiles a tu jugador preferido.
- c) Fue una gran jornada para el deporte argentino.
- d) Pablo caminaba distraído por las calles de su ciudad.
- e) La casa estaba muy distante.
- f) ¿Estás preparado para el difícil examen de música?

4. ¿Qué adjetivos de la actividad anterior son de una terminación? ¿Y de dos terminaciones?
Clasificalos.

5. Añadí tres adjetivos a cada sustantivo.

bosque – museo – escalera – cuadro – concierto – partido – gol – arroz – pantalones

6. Clasificá estos adjetivos según sean de una terminación o de dos terminaciones. Cambiá
el género y número de los adjetivos que lo permitan.

francés – interesante – familiar – fuerte – imposible – soñador – fácil – raro – grueso – tierno
– cursi – bello

7. Localizá los adjetivos de las siguientes oraciones e indicá de qué tipo son.

- a) Paseamos por las viejas casas del pueblo.



- b) Evacuaron a los tres trabajadores contaminados.
- c) Recorrió el largo camino que lleva al temeroso teatro.
- d) El pintor francés expuso su segunda obra en Barcelona.
- e) Se ha producido el fatal desenlace en la isla caribeña.
- f) Sus débiles huesos no aguantaron la embestida.

8. Describí por escrito a alguien a quien admires. Usá adjetivos en grado positivo, comparativo y superlativo.





CLASE 6

SINTAXIS

1) **UNIMEMBRE (OU):** NO TIENEN SUJETO NI PREDICADO. A VECES SE CONSTRUYEN SIN VERBO – ES DECIR UNA FRASE – (Ej: *La casa abandonada del pueblo*). PERO EN OTROS CASOS LLEVAN UN VERBO IMPERSONAL CONJUGADO. SE LE LLAMA IMPERSONAL PORQUE A LA ACCIÓN DEL VERBO NO LA REALIZA NINGÚN SUJETO:

- Verbo “SER” o “HACER” en 3º persona del singular más fenómeno temporal o climático. (Ej: *Ayer hacía mucho calor// Ya es demasiado tarde.*)
- Verbo “HABER” en 3º persona del singular (Ej: *hubo una pelea en la escuela*).
- Los verbos que indican fenómenos atmosféricos (Ej: *La semana pasada nevó en Córdoba // Durante las vacaciones había llovido mucho*).

2) **BIMEMBRE (OB):** ES AQUELLA QUE TIENE SUJETO Y PREDICADO.

EL SUJETO

EL NÚCLEO ES UN SUSTANTIVO, UN PRONOMBRE O UN INFINITIVO.

Cuando el núcleo no está escrito ni dicho, sino que se supone es un **SUJETO TÁCITO**. Ej:
Salimos de paseo. (se supone el “nosotros”)

Si posee un solo núcleo es **SUJETO EXPRESO SIMPLE (SES)** y si posee dos o más núcleos es **SUJETO EXPRESO COMPUESTO (SEC)**

Ej.: *Los ingresantes a primer año asisten al cursillo. (SES)*

Un gato y un perro destrozaron la bolsa de basura del vecino. (SEC)

EXISTEN MODIFICADORES DEL NÚCLEO DEL SUJETO:

- **MODIFICADOR DIRECTO:** Son los artículos y adjetivos que acompañan al sustantivo núcleo. Ej: *El lápiz negro tiene punta filosa.*



- **MODIFICADOR INDIRECTO PREPOSICIONAL:** Son los que están precedidos por una preposición más un sustantivo o frase. *Ej: La casa abandonada **de la cuadra** está embrujada.*
- **MODIFICADOR INDIRECTO COMPARATIVO:** Es aquel que modifica al núcleo del sujeto comparándolo con otra cosa o persona. Van siempre introducidos por la preposición “como” o “cuál” (por eso la comparación). *Ej: Unos leones y tigres, **cual animales de la selva, corren muy velozmente.***
- **APOSICIÓN:** es una aclaración referida al núcleo del sujeto que va entre comas y debe llevar un sustantivo. *Ej: Los estudiantes de ese curso, **chicos muy inteligentes, aprobaron todas las materias.***

Actividades:

Identificar si las siguientes oraciones son bimembres o unimembres. En el caso de ser unimembres explicar por qué.

- DURANTE TODA LA SEMANA LLOVIÓ EN LA CAPITAL.
 - EL PERIODISTA HIZO UN COMENTARIO INESPERADO.
 - ANOCHE HIZO MUCHÍSIMO CALOR.
 - ERA DEMASIADO TARDE PARA SALIR A CAMINAR.
 - LA AGENCIA ES RESPONSABLE DE LO SUCEDIDO.
 - ESE DÍA HUBO MUCHA GENTE EN EL CONCIERTO.
-



CLASE 7

PREDICADO

EL NÚCLEO DEL PREDICADO ES UN VERBO CONJUGADO.

Si aparece un solo núcleo es **PREDICADO VERBAL SIMPLE** y si aparecen dos verbos conjugados, es decir dos núcleos, es **PREDICADO VERBAL COMPLEJO**.

Ej.: *Los cuentos de terror asustan a los más pequeños. (PVS)*

Un directorio del colegio dará la bienvenida a los estudiantes y dirá unas palabras. (PVC)

El predicado, al igual que el sujeto, tiene modificadores que siempre responden a preguntas que debemos hacerle al verbo núcleo... empiezamos con estos:

- **OBJETO DIRECTO:** Responde a la pregunta **¿Qué? ¿Qué cosa?** En el caso de que se refiera a una persona o ser animado comienza con "a".

Ej: - *Los árboles dan ricos frutos en primavera.*

- *Llamamos a su jefe.*

- **OBJETO INDIRECTO:** Responde a la pregunta **¿A quién? ¿Para quién?**

- **LOS CIRCUNSTANCIALES:**

- **CIRC. DE TIEMPO:** ¿Cuándo? ¿Desde cuándo? ¿Hasta cuándo?
- **CIRC. DE LUGAR:** ¿Dónde? ¿De dónde? ¿Hacia dónde?
- **CIRC. DE MODO:** ¿Cómo?
- **CIRC. CAUSA:** ¿Por qué?
- **CIRC. COMPAÑÍA:** ¿Con quién?
- **CIRC. FIN:** ¿Para qué?
- **CIRC. AFIRMACIÓN:** Sí.
- **CIRC. NEGACIÓN:** No.
- **CIRC. DUDA:** Tal vez. Quizás.



- CIRC. CANTIDAD: ¿Cuánto?
- CIRC. INSTRUMENTO: ¿Con qué?

Actividades:

- Analizar sujeto y predicado de las siguientes oraciones bimembres:

- a. Alumnos y profesores de la Institución participarán mañana en el acto y realizarán los primeros números.
- b. La fiesta de la primavera reúne muchos estudiantes de toda la provincia.
- c. Los detectives encontraron las pistas por su esfuerzo y las analizaron profundamente anoche con la policía.
- d. Unos empeñados campesinos de aquel pueblo, como hombres trabajadores, cultivaban la tierra durante la mañana y sembraban por la tarde.
- e. Comíamos demasiado en Navidad con mi familia.
- f. Unos actores de la nueva película y los directores, personas primordiales en el rodaje, otorgarán esta tarde en el teatro entrevistas a periodistas para contar más detalles.
- g. Aprobaron todos.



TIEMPO EXTRA



¡MOMENTO DE ADIVINAR!

Adivinanza 1:

"Me encuentras en la escritura, siempre al final de una oración, soy pequeño, redondito y me guardo mucho en el corazón."

Adivinanza 2:

"No soy una flor ni un animal, pero me usas cuandoquieres preguntar, me ves mucho en las interrogaciones, soy corto y a veces difícil de encontrar."

Adivinanza 3:

"Soy la que hace que las oraciones no se confundan, separo las palabras con suavidad, soy pequeña, pero muy importante para que puedas leer con claridad."

Adivinanza 4:

"En las historias me encontrarás, yo te indico cuando alguien habla, me suelo colocar antes de las palabras que se dicen."

Adivinanza 5:

"Soy el que te dice quién realiza la acción, estoy en todos los sujetos, en todas las oraciones, soy quien nunca puede faltar, aunque no me veas, siempre me hallarás."

Adivinanza 6:

"Me pongo al final de una oración, después de una idea completa, pero no soy punto ni coma, soy otro tipo de separación."

Adivinanza 7:

"Soy el cambio de la forma de un verbo, dependiendo del tiempo o de quien hable, me transformo en presente, pasado o futuro."

Adivinanza 8:

"No soy una letra, pero soy parte del alfabeto, me usan para señalar los sonidos en las palabras."

Adivinanza 9:

"Aunque soy una letra, mi sonido puede cambiar, en algunas palabras soy suave, en otras soy fuerte."



- ARMÁ LA MAYOR CANTIDAD DE PALABRAS QUE PUEDAS CON CADA PALABRA QUE SE DÉ AQUÍ ABAJO.

1. MARIPOSA: _____
2. CONTADOR: _____
3. EDUCACIÓN: _____
4. MATEMÁTICAS: _____
5. PRIMAVERA: _____
6. ASTRONAUTA: _____

- COMPLETA ESCRIBIENDO UN SINÓNIMO DE CADA PALABRA.

1. FELIZ → _____
2. CASA → _____
3. RÁPIDO → _____
4. ENOJADO → _____
5. AMIGO → _____

- FINALES ALTERNATIVOS.

Lee el siguiente cuento breve y escribe un final diferente (puede ser feliz, triste, gracioso o de terror).

Cuento:

“Un ratón salió de su escondite para buscar queso en la cocina...”

Mi final alternativo:



LITERATURA



NOMBRE Y APELLIDO: _____



MANOS

Elsa Bornemann

Montones de veces —y a mi pedido— mi inolvidable tío Tomás me contó esta historia "de miedo" cuando yo era chica y lo acompañaba a pescar ciertas noches de verano. Me aseguraba que había sucedido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. En Pergamino o Junín o Santa Lucía... No recuerdo con exactitud este dato ni la fecha cuando ocurrió tal acontecimiento y —lamentablemente— hace años que él ya no está para aclararme las dudas. Lo que sí recuerdo es que —de entre todos los que el tío solía narrarme mientras sostenía la caña sobre el río y yo me echaba a su lado, cara a las estrellas— este relato era uno de mis preferidos. — ¡Te pone los pelos de punta y —sin embargo— encantada de escucharlo! ¿Quién entiende a esta sobrina? —me decía el tío—. Ah, pero después no quiero quejas de tu mamá, ¿eh? Te lo cuento otra vez a cambio de tu promesa... Y entonces yo volvía a prometerle que guardaría el secreto, que mi madre no iba a enterarse de que él había vuelto a narrármelo, que iba a aguantarme sin llamarla si no podía dormir más tarde cuando —de regreso a casa— me fuera a la cama y a la soledad de mi cuarto. Siempre cumplí con mis promesas.

Por eso, esta historia de manos —como tantas otras que sospecho eran inventadas por el tío o recordadas desde su propia infancia— me fue contada una y otra vez. Y una y otra vez la conté yo misma —años después— a mis propios "sobrinhijos" así como —ahora— me dispongo a contártela: como si —también— fueras mi sobrina o mi sobrino, mi hija o mi hijo y me pidieras: —¡Dale, tí; dale, mami, un cuento "de miedo"! Y bien. Aquí va:

Martina, Camila y Oriana eran amigas amiguísimas. No sólo concurrían a la misma escuela sino que —también— se encontraban fuera de los horarios de las clases. Unas veces, para preparar tareas escolares y otras, simplemente para estar juntas. De otoño a primavera, las tres solían pasar algunos fines de semana en la casa de campo que la familia de Martina tenía en las afueras de la ciudad. ¡Cómo se divertían entonces! Tantos juegos al aire libre, paseos en bicicleta, cabalgatas, fogones al anochecer... Aquel sábado de pleno invierno —por ejemplo— lo habían disfrutado por completo, y la alegría de las tres nenas se prolongaba —aún— durante la cena en el comedor de la casa de campo porque la abuela Odila les reservaba una sorpresa: antes de ir a dormir les iba a enseñar unos pasos de zapateo americano, al compás de viejos discos que había traído especialmente para esa ocasión. Adorable la abuela de Martina. No aparentaba la edad que tenía. Siempre dinámica, coqueta, de buen humor, conversadora. Había sido una excelente bailarina de "tap"¹. Las chicas lo sabían y por eso le habían insistido para que bailara con ellas.

— ¿Por qué no lo dejan para mañana a la tardecita, ¿eh? Ya es hora de ir a descansar. Además, la abuela no paró un minuto en todo el día. Debe de estar agotada.



La mamá de Martina trató —en vano— de convencerlas para que se fueran a dormir a las cuatro y no sólo a las niñas, porque la abuela tampoco estaba dispuesta a concluir aquella jornada sin la anunciada sesión de baile. Así fue como —al rato y mientras los padres, los perros y la gata se ubicaban en la sala de estar a manera de público— la abuela y las tres nenas se preparaban para la función casera de zapateo americano. Afuera, el viento parecía querer sumarse con su propia melodía: silbaba con intensidad entre los árboles. Arriba —bien arriba— el cielo, con las estrellas escondidas tras espesos nubarrones. La improvisada clase de baile se prolongó cerca de una hora. El tiempo suficiente como para que Martina, Camila y Oriana aprendieran —entre risas— algunos pasos de "tap" y la abuela se quedara exhausta y muy acalorada. Pronto, todos se retiraron a sus cuartos. Alrededor de la casa, la noche, tan negra como el sombrero de copa que habían usado para la función. Las tres nenas ya se habían acostado. Ocupaban el cuarto de huéspedes, como en cada oportunidad que pasaban en esa casa. Era un dormitorio amplio, ubicado en el primer piso. Tenía ventanas que se abrían sobre el parque trasero del edificio y a través de las cuales solía filtrarse el resplandor de la luna (aunque no en noches como aquella, claro, en la que la oscuridad era un enorme poncho cubriendolo todo). En el cuarto había tres camas de una plaza, colocadas en forma paralela, en hilera y separadas por sólidas mesas de luz. En la cama de la izquierda, Martina, porque prefería el lugar junto a la puerta. En la cama de la derecha, Camila, porque le gustaba el sitio al lado de la ventana. En la cama del medio, Oriana, porque era miedosa y decía que así se sentía protegida por sus amigas. Las chicas acababan de dormirse cuando las despertó —de repente— la voz del padre. Terminaba de vestirse —nuevamente y de prisa— a la par que les decía:

—La abuela se descompuso. Nada grave —creemos—, pero vamos a llevarla hasta el hospital del pueblo para que la revisen, así nos quedamos tranquilos. Enseguida volvemos. Ah, dice mamá que no vayan a levantarse, que traten de dormir hasta que regresemos. Hasta luego. ¿Dormir? ¿Quién podía dormir después de esa mala noticia? Las chicas no, al menos, preocupadas como se quedaban por la salud de la querida abuela. Y menos pudieron dormir minutos después de que oyeron el ruido del auto del padre, saliendo de la casa, ya que a la angustia de la espera se agregó el miedo por los tremendos ruidos de la tormenta que —finalmente— había decidido desmejorarse sobre la noche. Truenos y rayos que conmovían el corazón. Relámpagos, como gigantescas y electrizadas luciérnagas. El viento, volcándose como pocas veces antes.

— ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —gritó Oriana, de repente.

Las otras dos también lo tenían pero permanecían calladas, tragándose la inquietud. Martina trató de calmar a su amiguita (y de calmarse, por qué negarlo) encendiendo su velador. Camila hizo lo mismo. La cama de Oriana fue —entonces— la más iluminada de las tres ya que —al estar en el medio de las otras— recibía la luz directa de dos veladores.



—No pasa nada. La tormenta empeora la situación, eso es todo —decía Martina, dándose ánimo ella también con sus propios argumentos.

—Enseguida van a volver con la abuela. Seguro —opinaba Camila.

Y así —entre las lamentaciones de Oriana y las palabras de consuelo de las amigas más corajudas— transcurrió alrededor de un cuarto de hora en todos los relojes. Cuando el de la sala —grande y de péndulo— marcó las doce con sus ahuecados talanes, las jovencitas ya habían logrado tranquilizarse bastante, a pesar de que la tormenta amenazaba con tornarse inacabable. Las luces se apagaron de golpe.

— ¡No me hagan bromas pesadas! —chilló Oriana—¡Enciendan los veladores otra vez, malditas! —y asustada, ella misma tanteó sobre las mesitas para encontrar las perillas. Sólo encontró las manos de sus amigas, haciendo lo propio.

— ¡Yo no apagué nada, boba! —protestó Camila.

— ¡Se habrá cortado la luz! —supuso Martina.

Y así era nomás. Demasiada electricidad haciendo travesuras en el cielo y nada allí —en la casa— donde tanto se la necesitaba en esos momentos... Oriana se echó a llorar, desconsolada.

— ¡Tengo miedo! ¡Hay que ir a buscar las velas a la cocina! ¡Hay que bajar a buscar fósforos y velas! ¡O una linterna!

—"¡Hay que!" "¡Hay que!" ¡Qué viva la señorita! ¿Y quién baja, ¿eh? ¿Quién?—se enojó Camila—. Yo, ¡ni loca!

— ¡Yo tampoco! —agregó Martina—. Esta Oriana se cree que soy la Superniña, pero no. Yo también tengo miedo, ¡qué tanto! Además, mi mamá nos recomendó que no nos levantáramos, ¿recuerdan? Oriana lloraba con la cabeza oculta debajo de la almohada.

—Buaaaah... ¿Qué hacemos entonces? ¡Me muero de miedo! Por favor, bajen a buscar velas... Sean buenas... Buaaaah... Martina sintió pena por su amiga. Si bien eran de la misma edad, Oriana parecía más chiquita y se comportaba como tal. Se compadeció y actuó —entonces— cual si fuera una hermana mayor.

—Bueno, bueno; no llores más, Ori. Tranquila... Se me ocurrió una idea. Vamos a hacer una cosa para no tener más miedo, ¿sí?

— ¿Q--ué..? —balbuceó Oriana.

—¿Qué cosa? —Camila también se mostró interesada, lógico (aunque seguía sin quejarse, el temor la hacía temblar). Martina continuó con su explicación:



—Nos tapamos bien —cada una en su cama— y estiramos los brazos, bien estirados hacia afuera, hasta darnos las manos. Enseguida, lo hicieron. Obviamente, Oriana fue la que se sintió más amparada: al estar en el medio de sus dos amigas y abrir los brazos en cruz, pudo sentir un apretón en ambas manos.

— ¡Qué suertuda Ori!, ¿eh? —bromeó Camila. —Desde tu cama se recibe compañía de los dos lados... —En cambio, nosotras... —completó Martina— sólo con una mano... Y así—de manos fuertemente entrelazadas— las tres niñas lograron vencer buena parte de sus miedos. Al rato, todas dormían. Afuera, la tormenta empezaba a despedirse.

- Gracias a Dios, la abuela ya se siente bien —les contó la madre al amanecer del día siguiente, en cuanto retornaron a la casa con su marido y su suegra y dispararon al primer piso para ver cómo estaban las chicas. - Fue sólo un susto. Como a su regreso las niñas dormían plácidamente, la abuela misma había sido la encargada de despertarlas para avisarles que todo estaba en orden.

-¡Qué alegría! —Así me gusta. ¡Son muy valientes! Las felicito —y la abuela las besó y les prometió servirles el desayuno en la cama, para mimarlas un poco, después de la noche de nervios que habían pasado.

—No tan valientes, señora... Al menos, yo no... —susurró Oriana, algo avergonzada por su comportamiento de la víspera. —Fue su nieta la que consiguió que nos calmáramos... Tras esta confesión de la nena, padres y abuela quisieron saber qué habían hecho para no asustarse demasiado. Entonces, las tres amiguitas les contaron:

—Nos tapamos bien, cada una en su cama como ahora... —Estirarnos los brazos así, como ahora... —Nos dimos las manos con fuerza, así, como ahora... ¡Qué impresión les causó lo que comprobaron en ese instante, María Santísima! Y de la misma no se libraron ni los padres ni la abuela. Resulta que por más que se esforzaron —estirando los brazos a más no poder— sus manos infantiles no llegaban a rozarse siquiera. ¡Y había que correr las camas laterales unos diez centímetros hacia la del medio para que las chicas pudieran tocarse —apenas— las puntas de los dedos! Sin embargo, las tres habían —realmente— sentido que sus manos les eran estrechadas por otras, no bien llevaron a la acción la propuesta de Martina.

— ¿Las manos de quién??? —exclamaron entonces, mientras los adultos trataban de disimular sus propios sentimientos de horror.

— ¿De quiénes??? —corrigió Oriana, con una mueca de espanto. ¡Ella había sido tomada de ambas manos! Manos. Cuatro manos más aparte de las seis de las niñas, moviéndose en la oscuridad de aquella noche al encuentro de otras, en busca de aferrarse entre sí. Manos humanas. Manos espectrales. (Acaso —a veces, de tanto en tanto— los fantasmas también tengan miedo... y nos necesiten...).



LA DEL ONCE "JOTA"

Elsa Bornemann (Argentina)

Cuesta creer que una abuela no ame a sus nietos, pero existió la viuda de R., mujer perversa, bruja del siglo veinte que sólo se alegraba cuando hacía daño. La viuda de R. nunca había querido a ninguno de los tres hijos de su única hija. Y mucho menos los quiso cuando a los pobrecitos les tocó en desgracia ir a vivir con ella, después del accidente que los dejó huérfanos y sin ningún otro pariente en océanos a la redonda.

Durante los años que vivieron con ella, la viuda de R. trató a los chicos como si no lo hubieran sido. ¡Ah... si los había mortificado! Castigos y humillaciones a granel. Sobre todo, a Lilibeth -la más pequeña de los hermanos- acaso porque era tan dulce y bonita, idéntica a la mamá muerta, a quien la viuda de R. tampoco había querido -por supuesto- porque por algo era perversa ¿no?

Luis y Leandro no lo habían pasado mejor con su abuela pero -al menos- sus caritas los habían salvado de padecer una que otra crueldad: no se parecían a la de Lilibeth y -por lo tanto- a la vieja no se le habían transformado en odiados retratos de carne y huesos.

El caso fue que tanto sufrimiento soportaron los tres hermanos por culpa de la abuela que -no bien crecieron y pudieron trabajar- alquilaron un departamento chiquito y allí se fueron a vivir juntos. Pasaron algunos años más.

Luis y Leandro se casaron y así fue como Lilibeth se quedó solita en aquel 11 “J”, contrafrente, dos ambientes, teléfono, cocina y baño completos, más balconcito a pulmón de manzana.

Lili era vendedora en una tienda y –a partir del atardecer– estudiaba en una escuela nocturna.

Un viernes a la medianoche –no bien acababa de caer rendida en su cama– se despertó sobresaltada. Una pesadilla que no lograba recordar, acaso. Lo cierto fue que la muchacha empezó a sentir que algo le aspiraba las fuerzas, el aire, la vida.

Esa sensación le duró alrededor de cinco minutos inacabables. Cuando concluyó, Lilibeth oyó –fugazmente– la voz de la abuela. Y la voz aullaba desde lejos:

—Lilibeth... Pronto nos veremos... Liiilibeeth... Lili... Lili....
La jovencita encendió el velador, la radio y abandonó el lecho.

Indudablemente, una ducha tibia y un tazón de leche iban a hacerle muy bien, después de esos momentos de angustia. Y así fue. Pero –a la mañana siguiente– lo que ella había supuesto una pesadilla más comenzó a prolongarse, aunque ni la misma Lili pudiera sospecharlo todavía. Las voces de Luis y Leandro –a través del teléfono– le anunciaron:



—Esta madrugada falleció la abuela... Nos avisó el encargado de su edificio... sí... te entendemos... Nosotros tampoco, Lili... pero... claro... alguien tiene que hacerse cargo de... Quedate tranquila, nena... Después te vamos a ver... Sí... Bien... Besos, querida.

Luis y Leandro visitaron el 11 “J” la noche del domingo. Lilibeth los aguardaba ansiosa.

Si bien ninguno de los tres podía sentir dolor por la muerte de la maldada abuela, una emoción rara –mezcla de pena e inquietud a la par– unía a los hermanos con la misma potencia del amor que se profesaban.

—Si estás de acuerdo, nena, Leandro y yo nos vamos a ocupar de vender los muebles y las demás cosas, ¿eh? Ah, pensamos que no te vendrían mal algunos artefactos. Esta semana te los vamos a traer. La abuela había comprado TV-color, licuadora, heladera, lustradora y lavarropas ultra modernos, ¿qué te parece?

Lilibeth los escuchaba como atontada. Y como atontada recibió –el sábado siguiente– los cinco aparatos domésticos que habían pertenecido a la viuda de R., que en paz descance.

Su herencia visible y tangible (la otra, Lili acababa de recibirla también, aunque... ¿cómo podía darse cuenta?... ¿quién hubiera sido capaz de darse cuenta?).

Más de dos meses transcurrieron en los almanaques hasta que la jovencita se decidió a usar esos artefactos que se promocionaban en múltiples propagandas, tan novedosos y sofisticados eran. Un día superó la desagradable impresión que le causaban al recordarle a la desamorada abuela y –finalmente– empezó con la licuadora. Aquella mañana de domingo, tanto Lilibeth con su gato se hartaron de bananas con leche.

A partir de entonces comenzó a usar –también– la lustradora... enchufó la lujosa heladera con freezer... hizo instalar el televisor con control remoto y puso en marcha el enorme lavarropas. Este aparato era verdaderamente enorme: la chica tuvo que acumular varios kilos de ropa sucia para poder utilizarlo. ¿Para qué habría comprado la abuela semejante armastoste, solitaria como habitaba su casa?

A lo largo de algunos días, Lilibeth se fue acostumbrando a manejar todos los electrodomésticos heredados, tal como si hubieran sido suyos desde siempre. El que más le atraía era el televisor color, claro. Apenas regresaba al departamento –después de su jornada de trabajo y estudio– lo encendía y miraba programas de trasnoche. Habitualmente, se quedaba dormida sin ver los finales. Era entonces el molesto zumbido de las horas sin transmisión el que hacía las veces de despertador a destiempo. En más de una ocasión, Lili se despertaba antes del amanecer a causa del “schschsch” que emitía el televisor, encendido al divino botón.



Una de esas veces –cerca de la madrugada de un sábado como otros– la jovencita tanteó el cubrecama –medio dormida– tratando de ubicar el control remoto que le permitía apagar la televisión sin tener que levantarse.

Al no encontrarlo, se despabiló a medias. La luz platinosa que proyectaba el aparato más su chirriante sonido terminaron por despertarla totalmente. Entonces la vio y un estremecimiento le recorrió el cuerpo: la imagen del rostro de la abuela le sonreía –sin sus dientes– desde la pantalla. Aparecía y desaparecía en una serie de flashes que se apagaron de pronto tal como el televisor, sin que Lilibeth hubiera –siquiera– rozado el control remoto. A partir de aquel sábado, el espanto se instaló en el 11 “J” como un huésped favorito.

La pobre chica no se animaba a contarle a nadie lo que le estaba ocurriendo.

–¿Me estaré volviendo loca? –se preguntaba, aterrorizada. Le costaba convencerse de que todos y cada uno de los sucesos que le tocaba padecer estaban formando parte de su realidad cotidiana.

Para aliviar un poquito su callado pánico, Lilibeth decidió anotar en un cuaderno esos hechos que solamente ella conocía, tal como se habían desarrollado desde un principio.

Y anotó –entonces– entre muchas otras cosas que: “La lustradora no me obedece; es inútil que intente guiarla sobre los pisos en la dirección que deseo... El aparato pone en acción sus propios planes, moviéndose hacia donde se le antoja... Antes de ayer, la licuadora se puso en marcha por su cuenta, mientras que yo colocaba en el vaso unos trozos de zanahoria. Resultado: horrendas sorpresas. Encuentro largos pelos canosos enrollados en los alimentos, aunque lo peor fue abrir el freezer y hallar una dentadura postiza. La arrojé por el incinerador... La desdentada imagen de la abuela continúa apareciendo y desapareciendo de pronto en la pantalla del televisor durante las funciones de trasnoche... Mi gato Zambri parece percibir todo, se desplaza por el departamento casi siempre erizado. Fija su mirada redondita aquí y allá, como si lograra ver algo que yo no. El único artefacto que funciona normalmente es el lavarropas... Voy a deshacerme de todos los demás malditos aparatos, a venderlos, a regalarlos mañana mismo... Durante la siesta dominguera, mientras me dispongo a lavar una montaña de ropa...”

(Aquí concluyen las anotaciones de Lilibeth abruptamente, y un trazo de bolígrafo azul sale como una serpentina desde el final de esa “a” hasta llegar al extremo inferior de la hoja.)

Tras un día y medio sin noticias de Lili, los hermanos se preocuparon mucho y se dirigieron a su departamento.

Era el mediodía del martes siguiente a esa “siesta dominguera”. Apenas arribados, Luis y Leandro se sobresaltaron: algunas vecinas cuchicheaban en el corredor general, otra golpeaba a la puerta del 11 “J”, mientras que el portero pasaba el trapo de piso una y otra vez.



—No sabemos qué está pasando adentro. La señorita no atiende el teléfono, no responde al timbre ni a los gritos de llamado... Desde ayer que...

Agua jabonosa seguía fluyendo por debajo de la puerta hacia el corredor general, como un río casero.

Dieron parte a la policía. Forzaron la puerta, que estaba bien cerrada desde adentro y con su correspondiente traba. Luis y Leandro llamaron a Lili con desesperación. La buscaron con desesperación y —con desesperación— comprobaron que la muchacha no estaba allí.

El televisor en funcionamiento —pero extrañamente sin transmisión a pesar de la hora— enervaba con su zumbido.

En la cocina, “la montaña” de ropa sucia junto al lavarropas, en marcha y con la tapa levantada. Medio enroscado a la paleta del tambor giratorio y medio colgando hacia fuera, un camisón de Lilibeth; única prenda que encontraron allí, además de una pantufla casi deshecha en el fondo del tambor.

El agua jabonosa seguía derramándose y empapando los pisos. Más tarde, Luis ubicó a Zambri, detrás de un cajón de soda y semioculto por una pila de diarios viejos. El animal estaba como petrificado y con la mirada fija en un invisible punto de horror del que nadie logró despegarlo todavía (se lo llevó Leandro).

El gato, único testigo. Pero los gatos no hablan. Y a la policía, las anotaciones del cuaderno de Lilibeth le parecieron las memorias de una loca que “vaya a saberse cómo se las ingenió para desaparecer sin dejar rastros” ... “una loca suelta más” ... “la loca del 11 Jota”... como la apodaron sus vecinos, cuando la revista para que yo trabajo me envió a hacer esta nota.

“LA CASA VIVA”

Elsa Bornemann

Al comenzar éste —su cuento— la familia Alcobre estaba cenando en el comedor de su confortable piso ciudadano. Era una familia "tipo": padres y dos hijos. Juan —el padre— y Claudia —la madre— componían un matrimonio joven. En cuanto a los hijos, Marvin tenía catorce y Greta doce cuando sucedió la historia que los comprende como protagonistas. Era diciembre o principios de enero, según lo indicaba un árbol de Navidad instalado en un rincón de la sala y a cuyo pie se encontraba un bello pesebre de cerámica, producto de las manos de Greta. Ella era una apasionada por esa artesanía. Todos estaban alegres durante aquella



comida, acababan de comprar una casa de vacaciones. Su conversación giraba —entonces— en torno de esa importante adquisición: JUAN: —Está ubicada sobre la que va a ser la avenida costanera de "La Resolana" dentro de unos años. Más cerquita del agua, imposible; como ustedes querían.

CLAUDIA: —Es una casa preciosa y está puesta a nuevo. Todavía no me explico cómo tuvimos la suerte de conseguirla por la mitad de lo que —en realidad— vale.

GRETA: —Humm, ya me imagino... Seguro que papi empezó a pedir descuento y descuento, como hace cada vez que le toca comprar algo...

MARVIN: —...y terminó mareando a los de la inmobiliaria, que se olvidaron algunos ceros en la cifra de venta.

CLAUDIA: —Nada de eso. El precio que pagamos por la casa es —exactamente— el que la inmobiliaria fijó. Bien barato, sí, aunque cueste creerse.

JUAN: —Lo que pasa es que en esta época... la situación económica del país... Entonces, con tal de vender...

GRETA: —¿Cuándo viajamos a "La Resolana"? ¡No doy más de ganas de conocer nuestra casa del mar!

MARVIN: —El viernes, nena, ¿no lo oíste?

CLAUDIA: —No bien tu padre y yo salgamos del trabajo. Alrededor de las ocho los pasamos a buscar.

JUAN: —Mejor a las nueve. Quiero hacer revisar los frenos y cargar nafta.

GRETA: —Marvin y yo vamos a tener todo listo para el viaje.

MARVIN: —La torneta y tu cargamento de arcilla, sin dudas...

GRETA: —¿Y qué? Por lo menos, voy a aprovechar las vacaciones para hacer algo más que nada como uno que yo conozco.

El esperado viernes de la partida llegó al fin y los Alcobre salieron en su auto rumbo a "Villa La Resolana". Con la ansiedad que tenían por estrenar la casa nueva, los trescientos veinte kilómetros que los separaban de ese solitario paraje marítimo se les antojaron mil; sobre todo, a los chicos. Arribaron al amanecer. La casa de vacaciones era —verdaderamente— hermosa, tal como los padres habían dicho. Amplia, totalmente refaccionada, luminosa. Amueblada con exquisito gusto. Decorada con calidez. Parecía recién hecha. Sin embargo, su construcción databa de principios de siglo. Greta eligió para sí una de las cuatro habitaciones de la planta alta, la única que se abría a un espacioso balcón-terraza con vista al mar. —¡Qué



viva! —opinó Marvin. Ese fin de semana, los cuatro Alcobre lo dedicaron a acomodar todo lo que habían llevado y a darse unos saludables baños de mar en la playita que parecía una prolongación de la casa, tan cerca de ella se extendía. Tan cerca, que habría podido considerársela una playa privada. Además, alejado como estaba el edificio de los otros de la zona, a los Alcobre se les fisuraba que toda la “Villa La Resolana” formaba parte de su patrimonio. ¡Qué paraíso! Los padres partieron de regreso a la ciudad el domingo a la noche. Aún les restaba una semana de trabajo para iniciar las vacaciones. Partieron con mil recomendaciones para los chicos, como era de prever. Sobre todo, que no se apartaran demasiado de las orillas al ir a bañarse en el mar, que no salieran de la casa después de las nueve de la noche, que se arrestaran para las comidas y bebidas con la abundante provisión que les dejaban en la heladera y en el freezer —así no debían ir al centro del pueblo mientras permanecían solos, aunque no quedaba tan lejos de allí y—por cualquier cosa—los llamaran por teléfono. —Es telediscado. Ya lo probé para telefonear a los abuelos y los tíos y funciona perfectamente —les comentó la madre—. Ah, y papi acaba de conectar el contestador automático que trajimos de su estudio para usarlo acá durante estos días. Así, nos quedamos tranquilos si nosotros necesitamos comunicarles algo con urgencia y ustedes están en la playa. Tienen que escucharlo todos los días, ¿eh? —Ay, mamá, cuánto lío por cuatro días locos... —protestó Marvin. —¿Algún otro consejito? —ironizó Greta. Sin embargo, excitados por lo que encaraban como su primera aventura “de grandes”, tomaron las recomendaciones de buen humor y prometieron a todo que sí. Antes de despedirse de los padres, los sorprendieron —gratamente— colocando al frente del edificio un cartel hecho en cerámica por Greta y primorosamente pintado por Marvin. Decía: "LA CASA VIVA". Si bien los chicos explicaron que se les había ocurrido bautizarla de ese modo porque les parecía que formaban parte de ella desde siempre, que en ese paraíso particular se sentían tan cobijados y cómodos como en el departamento del centro, lejos estaban de suponer que habían acertado con el nombre justo. Ya era cerca de la madrugada cuando Greta y Marvin decidieron ir a dormir. Habían estado jugando a los dados en la sala de la planta baja. Mientras subían la escalera de madera que los conducía a sus habitaciones, Marvin resbaló. Si no hubiera sido porque Greta logró atajarlo —ya que se encontraba dos escalones más abajo— buen porrazo se hubiese dado al rodar desde allí arriba. —¡Qué raro! —comentaban más tarde, al observar la vieja gorra marinera que había ocasionado el resbalón—. No es de papá. ¿Cómo no la vimos antes? ¿Quién la habrá dejado en ese peldaño? La gorra era una de esas que formaban parte de los trajes marineros que solían usar los varones a principios de siglo. ¡Qué raro! Más tarde, ya en su cuarto y en su cama, Greta sintió blandas pisadas que recorrían su balcón-terraza. —Sugestionada. Eso es. Estoy totalmente sugestionada por el asunto de la gorra —pensó. Encendió el velador y se levantó con decisión, haciéndose la valiente como cada vez que algo le producía temor. Prendió el farol de la terraza y —de un tirón de la correspondiente soguita— corrió los cortinados del ventanal. No había nadie allí. Salvo la mesa y las dos mecedoras de mimbre, nadie ni nada. Dejó la luz encendida —para calmarse— y volvió a su cama. No vio entonces —por suerte— que una de las mecedoras empezaba a balancearse lentamente, como si alguien invisible la hubiera ocupado y mirara



hacia adentro. La mecedora siguió balanceándose hasta el amanecer. Greta aún dormía cuando unas huellas de pies descalzos —y no mucho más grandes que las suyas— fueron formándose en la arena, desde la parte inferior de la casa —justo debajo de su cuarto— y en dirección al mar. Las últimas se perdieron en las orillas y las olas se las trasaron de inmediato. Durante la mañana del lunes, los hermanos disfrutaron del mar y de la playa. Marvin estaba entretenido con su tabla de surf. Greta tomaba sol sobre una loneta mientras que —de a ratos— leía una novela de amor, ultra romántica, de esas que si se pudieran retorcer como una toalla empapada, seguro que chorrearía almíbar. De pronto, el calor la venció y se quedó dormida. No habría pasado un cuarto de hora, cuando la despertó una caricia húmeda sobre una mejilla. Sin abrir los ojos, protestó: —Ufa, Marvin; no molestes. La caricia recorría ahora su espalda, era un dedo índice marcando suavemente el contorno de su columna vertebral. Sintió un cosquilleo. Ahí sí que abrió los ojos, enojada: —¿Será posible que no puedas dejarme en paz? ¡Qué sorpresa! A Marvin podía contemplárselo en el mar, aún jugando con su tabla. Y debía de ser el reflejo del sol el que le hizo ver a Greta algo así como la delicadísima forma de una mano de muchacho, flotando un instante a su alrededor para —en seguida— desvanecerse en el aire en dirección al mar. La chica se inquietó. —¡Marvin! — gritó entonces—. ¡Ya estoy achicharrada! ¡Vuelvo a la casa! ¡El sol me está haciendo ver visiones! ¿Dónde estaba Marvin? Un segundo antes, ahí, frente a ella. —¡Marvin! ¡Marvin! —volvió a gritar, entonces, empezando a asustarse—. —¡Maarviiin! Su hermano salió del mar cinco minutos después, con la frente herida y sin la tabla. Greta lo vio corretear hacia ella, sujetándose la cabeza con ambas manos mientras le decía: —No pasó nada grave. Un pequeño accidente. No sé cómo pero la tabla se me escapó, caí al agua y la maldita volvió contra mi frente con la fuerza de un millón de olas. Más tarde —ya en la casa— Greta curaba la herida de Marvin. —¿Te parece que vayamos a una farmacia?, ¿qué llamemos a mamá? —No, nena, no es nada. En dos o tres días ni cicatriz me va a quedar. Lástima que perdí la tabla... Ese lunes transcurrió sin que ningún otro episodio desagradable turbara la tranquilidad de los hermanos. —Todo bien. Todo "al pelo" —le contaba Greta esa noche a sus padres, cuando ellos les telefonearon para saber cómo andaban. Después de la charla telefónica, comieron y jugaron a las cartas hasta casi el amanecer. Ambos dormían ya en sus cuartos en el momento en que algo empezó a agitarse por el aire en la habitación de Marvin. Producía un sonido como de hilos de seda que el viento zarandeaba. El muchacho dormía profundamente. Y nunca se hubiera despertado debido a ese ruidito a no ser porque —de repente— esa especie de madeja de hilos se depositó sobre su cara y se apretó contra ella, comenzando a quitarle el aliento. Al principio, Marvin reaccionó instintivamente, dormido como estaba. Sus manos intentaban —inútilmente— desprenderse de esa maraña que amenazaba ahogarlo. Recién cuando sintió su boca llena de pelos con sabor a sal, se despertó agitadísimo. Luchó con fuerza para librarse de aquello que —a la luz del día que ya iluminaba a medias su cuarto— pudo ver que era una cabellera. Una abundante, ondulada y rubia cabellera que lo abandonó cuando Marvin estaba a punto de destrozarla a manotazos. Como si volara despacio, se movió de aquí para allá por el cuarto y de pronto salió por la ventana entreabierta, en dirección al mar. Marvin se sentó en su cama. Transpirado y con taquicardia,



tardó en reaccionar. La cabeza le hervía, el cuerpo también. —¡Tengo fiebre! ¡Qué pesadilla, demonios! —y recomponiéndose, fue hasta el botiquín del baño en busca de aspirinas. —Si sigo así, le voy a hacer caso a Greta y vamos a ir hasta una farmacia para que me revisen la herida. ¿Se me habrá infectado? ¡Flor de pesadilla tuve! ¡Deliraba! Y todo ese martes permaneció en el lecho, atendido y mimado por su hermana, a la que no le contó ni una palabra de lo sucedido. —Con lo miedosa que es, si le cuento mi sueño capaz que quiere volver a la ciudad. Greta pasó las horas de enfermera improvisada junto a la cama de Marvin y muy entretenida con su modelado de figuritas de arcilla. Hizo varias, pero la que más le gustó fue un florerito con la forma de una bota. Las pintó a todas y las puso a secar sobre la mesa de mimbre de su balcónterraza. Enfrente, el bello mar y el constante rugido de las olas. Entre ellas, un constante gemido, inaudible desde la playa. Cuando los padres les telefonearon —cerca de la hora de cenar— el informe de los chicos fue el mismo que el del día anterior: —Todo bien. Todo "al pelo". El miércoles a la mañana —bien tempranito y después de comprobar que Marvin dormía plácidamente— Greta bajó a caminar por la playa. Volvió para la hora de desayunar; quería despertar a su hermano con una apetitosa bandeja repleta de tostadas y dulce de leche. Cuando intentó abrir la puerta de entrada a la casa, sintió que alguien resistía del otro lado del picaporte. La puerta —entre que ella empujaba de un lado y alguien, del otro, impidiéndole el acceso— se mantenía apenas entreabierta. —¡Vamos, Marvin, qué tontería! ¡Espero que abras de una buena vez! Nadie le contestó. Greta espió entonces por el agujero de la cerradura y pudo ver una tela de lana rayada, como la de las mallas antiguas aunque ella lo ignorara. —¿Qué broma es esta, Marvin? ¡Que me abras de inmediato, te digo! ¡Dale, bobo! Greta volvió a empujar. En esta oportunidad, ya nadie resistía del otro lado por lo que entró a la sala casi a los saltos, impulsada por su propia fuerza. —Y —encima— te escondiste. Sí que estás en la edad del pavo, Marvin, ¿eh? Un leve chasquido —que provenía de uno de los ventanales corredizos— la hizo darse vuelta. Greta se dirigió —entonces— al ventanal y separó con vigor ambos cortinados. A través de las persianas —como si éstas fueran de aire y no de madera— escapó hacia la playa el reflejo de un muchacho rubio y vestido con malla de otra época. Fue una visión fugaz. Greta soltó un chillido. Marvin se apareció —de repente— en lo alto de la escalera, casi con la almohada pegada a la cara y protestando: —¿No se puede dormir en esta casa? ¿Qué significa este escándalo? Durante el desayuno —que tomaron en la cocina— Greta estuvo muy callada, pensativa. Después, le contó a su hermano el asunto de la puerta y de la silueta transparente. Marvin revisó el picaporte. Aseguró que estaba medio enmohecido y le echó unas gotas de lubricante. En cuanto a la silueta... —Tanto leer esas novelas de amor inflama los sesos, nena... ¿No ves? Ya estás imaginando que se te apareció un enamorado invisible... Tal como cuando había bautizado a la vivienda como "la casa viva", nuevamente había acertado en la denominación de los raros fenómenos que se estaban desarrollando allí. Pero tan sin sospecharlo... El muchacho trató de convencer a su hermana de que allí no pasaba nada extraño, pero lo cierto, era que no podía dejar de pensar que sí aunque —como varón— le costaba reconocer sus propios miedos frente a Greta: "Pérdida de imagen, seguro". Y cuando ella le agradeció la cantidad de caracoles y piedritas con los que había encontrado llena la



bota de cerámica, Marvin le mintió y admitió haber sido él quien había juntado esos regalitos. Pero la verdad era que no. ¿Quién, entonces? Después del almorzar y dormir una breve siesta, los hermanos decidieron bajar a la playa a juntar almejas. —Cuando vengan papi y mami vamos a recibirlos con un festín. Y allá fueron los dos, con baldes y palas y estuvieron recogiendo los bichos hasta el atardecer. Cuando regresaron a la casa, encontraron las paredes muy sudadas, como si fueran organismos vivos que habían soportado —estóicamente— los treinta y pico de grados de temperatura que había hecho esa tarde. En el sofá de la sala, la presión sobre los almohadones indicaba que alguien había estado descansando allí. En los peldaños de la escalera, huellas que iban hacia la planta alta. Para los tres hechos los hermanos hallaron explicaciones más o menos lógicas. Ninguno de los dos quería confesar que empezaba a sentir verdadero miedo, mucho miedo. Aquella fue una noche de luna llena. Todo el paisaje marino parecía detenido en la inmovilidad de una tarjeta postal. Después de hablar por teléfono con sus padres, Greta y Marvin salieron a caminar un poco por su playita "particular"... Estaban alegres tras la conversación. ¿Un "poco" caminaron? ¡Poquísimo! Porque —ahora— ambos iban juntos y ambos pudieron oír cómo eran seguidos por unas pisadas, dos o tres metros a sus espaldas. Sin embargo, por allí no caminaba otra persona que los hermanos. Las pisadas habían partido cerca de la casa y llegaban hasta casi las orillas, hasta el mismo lugar donde Greta y Marvin sintieron pavor y regresaron —a la carrera— de vuelta adentro. Como la noche había sido tan serena, pudieron observar —a la mañana siguiente— las marcas en la arena de sus propias huellas más otras, éas que los habían seguido y que —ahora, a la luz del sol— miraban cómo se perdían en el mar. —Llamemos a mami. Quiero que ellos vengan antes, que adelanten el viaje... o nos vamos nosotros, Marvin —le rogaba Greta a su hermano—. Tengo miedo; estoy muerta de miedo. —Los vamos a preocupar mucho. Y —además— ¿qué les decimos? ¿que estamos asustados por un fantasma? Si el sábado a la madrugada ya van a llegar... Dale, nena, confianza en mí. No seré Superhombre pero conmigo no va a poder un vulgar fantasmita... Después de todo, estamos bien, ¿o no? Semi convencida, Greta dijo que sí —durante el resto de ese día— se quedaron a comer en la playa, provistos como habían ido con una canasta de alimentos, sombrilla, reposeras, revistas, paletas y la infaltable novela de amor de Greta. Pasaron un día "bárbaro", como decían ellos. La inquietud de las horas pasadas parecía haber quedado definitivamente atrás. Pero no. Cuando regresaron a la casa —alrededor de las ocho de la noche— Marvin subió a darse un baño. Estaba convertido en una "milanesa humana", después del juego de enterrarse en la arena hasta el cuello. Greta sacudía las lonas —antes de entrar— cuando alcanzó a oír el piiiiip del contestador telefónico, anunciando que acabada de grabarse un llamado. Corrió hacia el aparato. —Llamado de mami, seguro —pensó. Puso en funcionamiento el rebobinador de la casete de grabación y se dispuso a escuchar el mensaje. Lo que escuchó le sacudió el corazón. Era la voz de un jovencito —sin dudas— que se expresaba medio como pegando cada palabra con la siguiente; tal como si hiciera un esfuerzo sobrehumano para hablar y que decía: —Eestoooy enamoraadoooo de Greeta. Aamooooooo a Greetaa. Queiero queedarme solo con Greetaa. Estas tres oraciones —estiradas como goma de mascar— eran repetidas hasta que concluía el tiempo de grabación con un



largo suspiro entrecortado. La chica corrió escaleras arriba. Se oía la ducha y el canturreo de Marvin. Ya iba a llamarlo —angustiada— cuando vio que el teléfono del cuarto de su hermano estaba descolgado. —Ajá. Conque fue él. Qué broma siniestra me hizo el condenado. Ya me las va a pagar. Entró en el cuarto de Marvin —de puntillas, y colgó el auricular. —Ahora va a venir aquí a vestirse. Buen susto le voy a dar. Y Greta decidió ocultarse debajo de la cama. Ya llegaría Marvin, ya buscaría sus zapatillas... y entonces... — ¡zápate!— ella le tomaría las manos. Creyendo — como él creería— que su hermana se encontraba en la planta baja... ¡Ja! Va a ver, ése. Se le van a erizar los pelos... Greta levantó —entonces— la colcha. Se arrodilló junto a la cama. Empezaba a acostarse sobre el parquet cuando vio —junto a las zapatillas de su hermano— aquellos pies descalzos, separados de todo cuerpo. Un par de pies de varón que salieron disparando de la habitación, como al impulso de los gritos de la jovencita. Y el par de pies se encaminó hacia las escaleras y las descendió a todo lo que daban. Greta continuaba gritando, aterrorizada. El canturreo de Marvin se interrumpió. Enseguida, un ruido en el baño —de caño que cae— y un golpe contra el piso. Greta chillaba; gritaba y seguía allí, acostada sobre el parquet, paralizada y gritando. Pronto, estuvo Marvin a su lado. Venía rengueando. Le sangraba una rodilla. —¡Casi me mato! ¿Qué te pasa? Al oír tus gritos corrí la cortina de la ducha y se me vino abajo, con caño y todo. Menos mal que resbalé contra el bidet. Más tarde, Greta le contó lo ocurrido. Aún lloraba. Marvin se vendaba la rodilla, mientras intentaba calmarla y defenderse de la acusación de haber grabado un mensaje. Del asunto de los pies, mejor no hablar. No sabía qué decir y el sólo imaginar el episodio le producía escalofríos. Cuando trataron de escuchar nuevamente el mensaje, no lo ubicaron. Se había borrado. —Te juro que yo lo oí—sollozaba Greta—. Y también vi esos pies debajo de tu cama. —Está bien. Hoy vamos a dormir juntos, ¿eh? Al rato, trasladaron la cama de Marvin al cuarto de Greta, que era más amplio. Cerraron cuidadosamente todos los ventanales —persianas bien bajas incluidas— y dejaron encendidas las luces de la casa. A las cuatro de la madrugada del viernes, unos timbrazos insistentes. Los dos se despabilaron enseguida, sobresaltados como habían pasado aquellas horas sin poder dormir en paz. Los timbrazos continuaban. Ahora —también— golpes dados contra la puerta principal y contra las persianas de la planta baja. ¿Quién sería? Muertos de miedo, los hermanos decidieron bajar. —¿Quién es? —preguntaron a dúo. Las voces de sus padres casi les provocan un desmayo de felicidad. Se abalanzaron a la puerta. Quitarón todas las trabas y—finalmente— la abrieron. Al rato, los cuatro estaban instalados en la sala, tomando un reconfortante chocolate los chicos y unas copitas de cognac Juan y Claudia, nerviosos como habían viajado. —Adelantamos el viaje porque durante todo el día de ayer, el teléfono de aquí daba ocupado. Pedimos reparación pero —igual— no pudimos tranquilizarnos. ¡Ay, Dios!, qué susto nos llevamos al encontrar la casa como clausurada, aunque se notaba que estaban encendidas las luces. ¿Qué les pasó? ¿Contarles todo? Después de una ligera guiñada cómplice, Greta y Marvin resolvieron que no, aliviados como se sentían en compañía de sus padres y empezando a sospechar que lo aparentemente sucedido no era otra cosa que producto de su imaginación. También, había sido la primera vez de prueba de estar solos tanto tiempo. Y tan lejos. Únicamente les dijeron que habían oído ruidos



extraños... y que por las dudas... por si algún ladrón... —¡Mañana salimos con los kayaks! —anunció el padre— Ahora, ¡a descansar todo el mundo! Greta fue al baño. Iba a apagar la luz para regresar a su habitación cuando el rostro de un muchacho rubio —de abundante cabellera ondulada— se le apareció fugazmente en el espejo, por detrás del suyo. La visión duró una fracción de segundo. El tiempo justo como para que la niña lograra ahogar un grito y correr a su cama. Indudablemente, las alucinaciones no habían terminado. —Mañana le voy a contar todo a mami. Si guardo en secreto todas estas fantasías voy a acabar viendo extraterrestres —pensó. Pero —por esta vez— les pidió a sus padres que le permitieran descansar con ellos, como cuando era chiquita. Un rato después, los cuatro Alcobre dormían. Primero fue un chasquido proveniente de la cocina y que nadie oyó. Enseguida, otro, más fuerte que el anterior: algo se estaba resquebrajando. De inmediato, un ruido como de cristales que se parten contra el piso. Entonces sí que los cuatro se despertaron. Se apuraron en llegar a la cocina. Todos los azulejos de una de las paredes se estaban despegando como figuritas de papel, separándose varios centímetros del cemento antes de estrellarse contra las baldosas del suelo. En pocos instantes, esa pared quedó casi desnuda. Los chicos se asustaron mucho —por supuesto—pero el padre opinó que se trataba de un mal pegamento... y que la dilatación de los materiales... y que ya le iba a reclamar al arquitecto que se había encargado de las refacciones. La madre puso en marcha el ventilador de techo, para refrescar el ambiente cálido de la cocina cerrada y los invitó a otra vuelta de chocolate, mientras le ofrecía un licorcito helado a su marido. Una pausa amable antes de regresar a la cama, después de aquel disgusto. Así —pues— los cuatro se sentaron en torno a la mesa redonda, instalada debajo del ventilador. Charlaban acerca de lo acontecido, sin darle mayor importancia. Un crac, seguido de otro y de otro más, les hizo elevar las miradas hacia el techo. Varias grietas se comenzaban a dibujar allí, exactamente alrededor de la parte central del ventilador que giraba normalmente. El último crac fue la alarma de que el artefacto amenazaba desprenderse.

—¡Levántense! ¡Salgan de acá, rápido! —gritó el padre, mientras él también abandonaba su puesto a la mesa. Los cuatro consiguieron salir de la cocina con la celeridad necesaria como para salvarse de lo que podía haber sido una catástrofe: el ventilador de techo se desprendió —girando enloquecido— y —girando aún— se desplomó sobre la mesa. Instintivamente, la madre se llevó las manos al cuello. Los demás la imitaron y tragaron saliva. —¡Indemnización! ¡Eso es! ¡Indemnización por daños y perjuicios, eso es lo que le voy a pedir al incompetente de ese arquitecto! ¿A quién hizo instalar las cosas? ¡Podríamos haber sido degollados! ¡Es como para denunciarlo a ese inútil! —así protestaba el padre, furibundo, una vez que el nuevo accidente había pasado sin otra consecuencia que el gran susto. —¡Mañana a la tarde lo voy a ir a buscar a su estudio de "La Resolana" y si no está, sus empleados van a hacerse responsables! ¡Qué se cree ése! ¡Cualquiera de nosotros podría haber caído degollado!

—Calma, Juan. El estudio no abre hasta mañana a las seis de la tarde. Hasta entonces, calma, por favor, ¿eh?



Claudia trataba de serenar a su marido. A la media hora, los cuatro se retiraron a dormir siquiera un rato. ¡Qué mañana radiante la de aquel viernes! Totalmente propicia como para tranquilizar los ánimos más alterados. ¿Y el mar? Con el oleaje ideal para salir a dar vueltas con los dos kayaks.

—¡Primero yo con papi! —exclamó Greta, mientras se apresuraba a calzarse el salvavidas.

—¡Qué viva!, ¿eh? se quejó Marvin.

El padre no los dejaba salir solos. La mamá, ni soñar con que iba a encerrar medio cuerpo en esa canoa tipo esquimal y a luchar contra las olas con la única asistencia de un remo. Así fue como Greta y su padre se lanzaron al mar, cada uno en su correspondiente kayak. Marvin decidió nadar un rato. La madre se embadurnó con bronceador y se reclinó en una reposera, de cara al sol. De tanto en tanto, controlaba que sus tres deportistas anduvieran por allí, con una mirada atenta. Ya bastante alejados de la costa pero no tanto como para que pudiera considerarse una imprudencia, Greta y su papá disfrutaban del paseo, sobre una zona sin oleaje. Iban en fila india, a veinticinco o treinta metros de separación uno del otro. De repente, Greta vio unos brazos que salían del agua y que se aferraban a su kajak, como si quisieran ponerlo del revés. —¡Papi! —gritó espantada. Los brazos que subían del mar se esforzaron y —pronto— la cabeza y del torso de un muchacho estuvieron junto a los de la niña. La cara, hinchada, amoratada, de labios violáceos. La cabeza, rubia, de pelo abundante y ondulado. ¡El mismo muchacho que le había parecido ver la noche anterior, reflejado en el espejo del baño! —¡Papá! ¡Socorro! —volvió a exclamationar Greta, una y otra vez, antes de que esos vigorosos brazos juveniles lograran dar vuelta su kajak. Pronto empezó a sentir que se ahogaba, atrapada como estaba en la pequeña embarcación. Sintió que la besaban. Con desesperación. Y que aquellos brazos la arrastraban hacia las profundidades, rasguñándola en el brutal intento de llevársela consigo. El padre se deshizo de su kajak y nadó hacia el lugar a donde había visto hundirse a su hija. Logró rescatarla, después de una pelea feroz con quien —en aquellos momentos de horror— le pareció un embravecido animal marino. Cuando llegó a la costa —con su hija a la rastra— la reanimó. Greta ya abría los ojos y volvía a respirar por sus propios medios. Fue en esos instantes cuando el papá advirtió que su mujer no se encontraba en las inmediaciones. La reposera, la revista, los anteojos de sol, tirados en la arena. De ella, ninguna otra señal. Volvió a la casa, cargando a Greta en brazos. Nadie estaba allí. Angustiadísimo, tomó el teléfono y llamó a la policía, al servicio de guardavidas de la playa cercana, al puesto sanitario... No había concluido aún con sus desesperadas comunicaciones, cuando una ambulancia se detuvo en la puerta de 'La casa viva'. De ella bajó Claudia, llorando desconsolada. De ella bajaron una camilla en la que yacía Marvin, inerte. Tres guardavidas y dos enfermeros explicaron: —No; el chico se ahogó después del golpe. Se ahogó porque el golpe lo desmayó. También, tamaña tabla... El impacto fue terrible... Nosotros lo sacamos con la mayor rapidez posible, pero ya no había nada que hacer... Mire qué tabla sólida, aquí está... —¡Esa es la tabla de surf de Marvin, la que perdió el otro día! —gritó la hermana, tan sin consuelo como sus padres. Y los tres se abrazaron y



lloraron juntos, hasta casi agotar las lágrimas. Por supuesto, al día siguiente de la tragedia, los Alcobre regresaron a la ciudad. "La casa viva" fue puesta en venta —de inmediato— y por cuarta parte del precio de lo que —en realidad— valía. Querían deshacerse de ella lo antes posible. Aún sigue en venta, y eso que transcurrieron cuatro años de aquel desdichado suceso. Ni siquiera logró alquilarse. Es probable que los rumores en torno de lo ocurrido a la familia Alcobre hayan circulado con rapidez... También... Seguramente, volverá a quedar abandonada —por Juan y Claudia en esta ocasión— tal como cuando ellos la descubrieron había sido abandonada por los Padilla, por los Caride y por los Ayerza. (Claro que los padres de Greta y Marvin ignoraban ese detalle... de lo contrario...). Acaso pasen quince o veinte años hasta que el muchacho rubio de pelo ondulado y abundante vuelva a tener otra oportunidad. ¿Otra oportunidad de qué? De enamorarse. De que se enamoren de él. A las inmobiliarias de "Villa La Resolana" les interesa su negocio y —además— a ellos no les consta de que ciertos hechos hayan sucedido tal como se rumorea. Opinan que se trata de desgraciadas casualidades y que la gente suele ser muy impresionable. Por eso, se cuidan mucho de divulgar lo que cuentan algunos de los más viejos lugareños: dicen que esa casa había sido construida —a principios de siglo— por la familia Padilla. A ella pertenecía Gastón, un simpático jovencito de doce o trece años, de pelo rubio, ondulado y abundante,— el mismo que había muerto ahogado ahí nomás —frente a la casa— pocos días después de que la habían estrenado. Su abuela —la única moradora que quiso permanecer en la residencia hasta su propia muerte, que fue de puro viejita nomás— aseguraba que el fantasma del pobrecito de su nieto preferido vagaba por allí, almita en pena a la que ella no podía dejar sola. Varios años después, los Caride y —más adelante— los Ayerza —familias que compraron la casa sucesivamente— dijeron —al abandonarla— que en ese sitio sucedían cosas muy raras. Algunos cuentan que tanto los Caride como los Ayerza habían estado a punto de perder una de sus hijas menores —ahogadas en el mar mientras pasaban allí sus vacaciones— y que los muchachos de ambas familias —hermanos o novios— sufrieron extraños accidentes, como si el ánima se hubiera sentido celosa de ellos. Otros —los más imaginativos y soñadores— dicen que ningún fantasma puede descansar en paz si —mientras fue un ser vivo— nunca ha estado enamorado o —lo que es, acaso, más triste— si muere cuando aún nadie se ha enamorado de él.